

ALBUM DE SEÑORITAS



Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Corina.

Los personajes célebres tienen todo el mundo por patria: todo el mundo les nombra, les admira y les aplaude.

Corina pertenece sin disputa á esas celebridades universales; y su fama ha llegado hasta nuestros dias rodeada de una aureola de gloria que la enaltece, de una especie de romanticismo que formó una escuela literaria.

Corina, tan notable por su hermosura como por su talento poético, nació en Tanagro, cerca de Tebas, en la Beocia, cinco siglos antes de la venida del cristianismo. Tan remota antigüedad no ha bastado á sumir en el olvido á esa mujer: el génio nunca perece.

Dicen algunos biógrafos de Corina, que la famosa poetisa Myrtis la enseñó el arte de la versificacion; ¡cómo si la poesía se enseñara, cómo si la imaginacion se prestase!... Preguntad á todos los poetas cómo han compuesto versos, si les

hubiera sido imposible formarlos sin aprender las reglas del arte.

Niña era Corina, y ya bullia en su mente el númen de la inspiracion; ya eran magníficos y originales sus pensamientos poéticos. Pudo Myrtis haberla enseñado á perfeccionar sus composiciones, ordenando bien sus ideas y puliendo su lenguaje; pero el que presenta el diamante limpio y perfecto no es el autor de la piedra. Es antiguo el axioma, que el poeta nace y el orador se hace.

Las lecciones que se daban á Corina eran semillas arrojadas en buen campo, y su fruto excedió á las esperanzas que hizo concebir su extraordinaria disposicion.

Corina llegó á versificar de una manera asombrosa, y fueron tan rápidos y maravillosos sus progresos, que fué rival de Píndaro, discípulo tambien de Myrtis, cuyos sábios consejos no pudieron corregir la malhadada aficion de este poeta á recargar sus composiciones con tal lujo de fábulas, que fatigaban á los mismos griegos, no obstante su apasionado amor á las ficciones.

Píndaro, el tierno y célebre poeta, fué cinco veces vencido por Corina en

los certámenes públicos; y aunque algunos escritores de la antigüedad, rivales ó detractores de esta mujer, dicen que contribuyó al triunfo, tanto su hermosura como su talento, no creemos que á pesar del culto que los griegos rendían á la belleza, les alucinase hasta el punto de prescindir de otra belleza de la que eran tan amantes, de la belleza de la poesia.

Es verdad que los griegos consagraban himnos á la belleza lo mismo que á los dioses, y casi la confundían con la virtud, de la cual era á sus ojos la mas encantadora imagen; pero tambien daban coronas al talento, tambien le erigian altares, le dispensaban un culto idolatra, y le divinizaban.

Todos convienen, sin embargo, en que cualquiera que sea la causa de los triunfos de Corina sobre su rival, unia á las mas felices inspiraciones un juicio sólido, y profundos conocimientos en el arte.

Un hecho cuenta la historia que ensalza á Corina, y no favorece mucho á nuestro sexo, porque revela una envidia torpe, un orgullo inconveniente, y una provocacion indigna.

La tradicion, escribe un entendido biógrafo á quien hemos citado varias veces, dice que el lírico tebano no soportó resignadamente la humillacion de su derrota por una mujer, y que, provocándola á un nuevo combate, la prodigó mil injurias, imitando al poeta de Paros, Archiloco, sin guardar tampoco la menor consideracion con los jueces del Concurso, á quienes tachó de ineptia; pero no hay noticia alguna de que Corina olvidase la reserva de su sexo, ni menos que profanase su talento usando de repre-

salias ofensivas. ¡Sublime proceder que demuestra la elevacion de su alma!

Hechos tales, su conducta, su talento, hacían de Corina una de las criaturas mas amadas y consideradas de su patria, cuyo amor en vida trocóse en veneracion á su muerte. ¡Poder del génio, que encierra en su tumba las pasiones de sus enemigos, á quienes hace derramar lágrimas su muerte, y arrancar elogios su sepulcro!

Corina, conocida por la MUSA LÍRICA, compuso cinco libros de poesías épicas, varios cánticos, bastantes epigramas, y muchos libros de metamorfosis; de cuyas obras solo se conocen un corto número de fragmentos, publicados en Hamburgo en 1734.

Al morir Corina, colocaron sus compatriotas su sepulcro en el sitio mas público de la ciudad de Tanagro, donde todavía existía, así como su retrato, en tiempo de Pausanias, escritor antiguo.

Corina, lo mismo que Safo, es la personificacion de su tiempo, es la historia de su pueblo, de su patria, ocupada entonces en el tranquilo culto que rendía á las artes, á las letras y al génio, creando como por encanto poetas que cantaban con el apasionado amor de Safo, con el sentimentalismo de Corina, con la dulzura de Píndaro.

A. Pirala.

LITERATURA.

Mis recuerdos de la Maga de la montaña.

¡Maga de mis ensueños!
¡Delirio de mi ardiente fantasía,
Para mí mas preciada

Que el bardo con su dulce melodía,
Que el blando murmurar de la cascada
Que rompe su cristal en selva umbría!

Consuela enamorada
Mi alma congojada:
Torna mi padecer en alegría.

Clara luz de mis ojos:
Ilusion nacarada de mi vida:
Suspiro de la brisa rumorosa;
¡Aun vives en mi mente dolorida
Tan bella, tan fragante y cariñosa!

Era una tarde pura
De otoño, que pasó, la vez primera
En que te vi radiante de hermosura;
Y de tu amor los lazos
Sujetáronme á poco,
Y soñé mil placeres en tus brazos,
Y te perdí despues, quedando loco.

¡Querida hermana mia!
¿Te acuerdas ¡ay! del baile deslumbrante
En que todas las bellas, tus amigas,
Sífides vaporosas,
Oyeron las cantigas
De su doncel amante
Al compás de cadencias armoniosas?
Pues entonces, bien mio,
Por ser la gala tú de las hermosas,
Mi corazon pusiste palpitante,
Y fuiste mi albedrío.

¡Diosa de mis amores!
¿Olvidastes el bien que hemos perdido?
¿Recuerdas el placer que hemos gozado?
¡Si vieras con tu amor cuánto he sufrido!...
¡Si vieras por tu amor cuánto he llorado!...

¿Recuerdas la capilla
Donde te vi latente, prosternada
Junto al altar de virgen sin mancilla?
Pues en aquel momento,
Dulce paloma mia,

Al verte sollozar, mi pensamiento
Eterna fé en amor te prometia.

¡Mujer, mujer!... no puedo en mi quebranto
Seguir con tus recuerdos y mi canto.

Mi frente sudorosa,
Mis pupilas que vierten triste lloro
Y mi alma afanosa,
Decir solo me dejan ¡qué te adoro!

Blanca estrella del mar de mi esperanza,

Dirije mi barquilla,
Azotada por vientos rebramantes,
Del puerto bonancible hasta la orilla.
No pierdas el timon, cruza las ondas,
Y alienta mi valor con tu mirada:
Naufragar no me dejes, virgen pura,
En el lago sin fin de mi amargura,
De mis recuerdos en la cruel jornada.

M. P.

Junio 10 de 1853.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Dolustiana Amiño de Cuesta.

(Continuación.)

En torno á la puerta, como en otro dia cuando la muerte de su madre la dejó huérfana y sumida en el desconsuelo, estaban agrupadas una porcion de personas que entraban y salian de la casa, espresando en sus gestos y ademanes, mas bien sorpresa que sentimiento.

—Gran Dios! exclamó Azucena, á quien la desgracia habia enseñado ya lo bastante para no esperar sino acontecimientos funestos, Dios mio!... qué nueva desgracia me habrá sucedido?

La pobre jóven recordó el dia en que á la misma hora habia visto aquellos mismos vecinos reunidos en torno de su pobre ma-

dre; pero aquel día la cariñosa mano de Antonio la había separado de aquella triste escena; mas tarde, cuando el destino la había arrebatado también al pobre escribiente, Azucena oía al entrar en casa la cariñosa voz de su abuela que lloraba á gritos; hoy la casa estaba silenciosa, deshabitada.

Al verla llegar pálida y asustada, los curiosos abrieron paso en silencio, brillaron algunos ojos de compasión, con algunas lágrimas, que las mujeres, mas sensibles siempre, no pudieron reprimir á la vista de la desgracia, y Azucena penetró temblando en el cuarto, donde había también algunas personas al redor de la cama.

—Abuela! gritó Azucena abriéndose paso hasta la cama donde estaba la anciana muerta hacia algunas horas, de consunción, según todas las apariencias. Dos de aquellas mujeres recibieron en sus brazos el cuerpo desfallecido y yerto de frío de la joven, que cayó como herida de un rayo al distinguir el cadáver de su amada abuela.

El desmayo de Azucena duró tan pocos instantes, que no les fué posible á las oficiosas vecinas trasladarla afuera de la casa, habiendo solo llegado al pasillo cuando volvió en sí.

—Oh! dejadme! dejadme verla otra vez, y soltándose de las que la llevaban, penetró en la alcoba, miró á su abuela, y arrimándose á una de las paredes, reflexionó un momento sobre su miseria y su soledad.

Su madre, su abuela, su Antonio, todo había desaparecido, y con ellos el apoyo, la protección y el respeto. Huérfana, abandonada, pobre pájaro sin nido, tendría que vivir tarde ó temprano, bajo el ramaje de nidos extraños.

—Oh! murmuró con amargura, ahora soy verdaderamente el ánima sola!

De repente la fisonomía de Azucena tomó una expresión terrible y desesperada,

acababa de sentir en su bolsillo el peso del oro, recordó que aquel cadáver sería enterrado á oscuras, sin cánticos ni oraciones, porque las oraciones y los cánticos valen también el dinero, y ante esta idea se olvidó de su pobreza y de su soledad, y corriendo hacia la cama se arrodilló y cubrió de besos una de las manos de su abuela.

Al movimiento que hizo para arrodillarse, segunda vez sintió el peso del bolsillo. Su rostro anegado en lágrimas, tomó una expresión particular, que casi se parecía al contento, y sus labios pálidos y temblorosos se agitaron murmurando una bendición.

—Al fin, dijo con placer, al fin este oro servirá para una buena acción; tendrá luces, cánticos y oraciones como los ricos, y Dios bendecirá al que me lo ha prestado. Mas tan pronto como cruzó este pensamiento, el grito de su conciencia resonó punzante y severo en su corazón, como horas antes. Su ángel bueno empezó de nuevo la lucha.

Esta segunda tentación era mucho mas fuerte que la primera, ante ella olvidaba Azucena su soledad y abandono; pero al fin venció la virtud; su ángel malo fué derrotado segunda vez.

—Oh! abuela mia! exclamó Azucena, desolada y saliendo de la habitación con la velocidad del rayo, dejando atónitas á las vecinas que habían guardado un respetuoso silencio.

La pobre niña huyó. Conocía que la vista de su abuela desconcertaba todo su valor; y temía sucumbir á la tentación.

Estraviada y sin saber adonde se dirigía, salió por las calles, llegó á la plaza, y dió algunas vueltas precipitadamente, y como quien busca alguna cosa.

En su aflicción, solo la quedaba un consuelo, lejano, es verdad, pero como el que sufre se acoge á cualquier rayo de esperan-

za que vislumbren sus ojos, Azucena se acordó de Antonio.

Antonio, que habia sido siempre para ella su único amigo, su hermano, su amante. Antonio, que aunque separado por su infeliz destino, debia volver algun dia para hacerla dichosa, era entonces el débil rayo de claridad que su alma vislumbraba en toda la estension de su oscuro porvenir.

Hay en las grandes crisis de la vida es-
centricidades que no se comprenden, y Azucena cediendo sin saber cómo á uno de esos impulsos raros, se detuvo ante la lista del correo, y empezó á leer la lista de las cartas con una tranquilidad inesplicable.

—«Señora Doña Maria Azucena Velazquez:» leyó en alta voz con una agitacion súbita, que dió á sus desencajadas mejillas un efimero color de rosa.

—Carta de Antonio! añadió hablando consigo misma... Oh, Dios mio! ya veo que no me habeis abandonado en el dia de mi desgracia.

Trémula y casi estraviada, echó mano á su bolsillo para buscar algun dinero con que sacar la carta; pero nada halló mas que el oro, y el oro de Salazar. La lucha de los dos ángeles principió de nuevo.

—Es mi esposo, mi único apoyo en el mundo... pensaba la pobre jóven para disculparse...

Pero se acordaba de su abuela, á quien acababa de abandonar, y que tendria que ser enterrada de caridad, y ante esta idea se sentia fuerte y capaz de venerar, porque aquella tentacion habia sido para ella la prueba mas suprema.

Volvió á dejar caer el bolsillo dentro de su faltriquera, y buscó en vano una joya, una prenda cualquiera de que pudiese desprenderse. Llevó la mano á sus orejas, olvidándose de que sus zarcillos de oro se habian vendido meses antes para pagar al mé-

dico que asistia á su abuela. Pasó la vista por sus dedos, en los que solo se distinguia el anillo de Antonio, y al fin sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo de seda, desteñido ya, pero que podia valer lo que entonces necesitaba.

—Señora Manuela, dijo entonces á una mujer que tenia una tienda en un portal inmediato, ¿quereis comprarme este pañuelo?...

—Ese pañuelo! respondió la tendera, reparando el rostro descompleto de la jóven... Azucena, ¿será robado?

—Robado! repitió ella con indignacion: robado!

Habia tanta dignidad y tanta nobleza en aquel reproche, que la señora Manuela abrió el cajon de su mostrador, y tomando algunas monedas de cobre en la mano, dijo echándolo todo á broma:

—Vaya, niña, que nada tendria de extraño, porque otras tan bien criadas han hecho cosas peores obligadas por la necesidad... ¿y qué quereis por él?

—Real y medio.

Por usado que estuviese era demasiado barato. La señora Manuela le entregó seis piezas de á dos cuartos, recogiendo el pañuelo, y Azucena corrió con la mayor presteza á recoger la carta. Luego que la tuvo en las manos, quiso mejor salir de la ciudad para leerla, donde pudiera dar rienda suelta á sus sentimientos, ya que tanta falta le hacia dar algun desahogo á su corazon.

Salió de la ciudad, atravesó uno de los arrabales, y cuando hubo llegado á un sitio solitario á orillas del Tormes, tomó asiento y se puso á leer la carta con la ansiedad del que todavia teme nuevas desgracias. Su corazon queria salirse del pecho. La carta decia así:

(Se continuará.)

VARIEDADES.

ESCENAS DEL OTRO MUNDO.

V.

El diablo, que todo lo sabe, os ha tomado por objeto de estudio, queridas lectoras, y yo, que siempre os he defendido, procurando cubrir ciertas faltas, que no son faltas, temo que ahora que ha invadido mi terreno, y que escribe por mí, tire de la manta y se descubra el pastel; no os enojeis por esto conmigo, que yo no soy el diablo, y si bien me direis que puedo suprimir las cartas que tengan relacion con las mujeres, y solo publique las que atañen á los hombres, protesto contra semejante observacion, que á fuer de caballero debo cumplir mi palabra de dar completa la coleccion, y no fuera justo que ya que medio mundo se rie del otro medio, faltára aquí la regla general, dando lugar á que solo vosotras rieráis del sexo feo.

Imaginaros al diablo convertido en un químico, ocupado en analizar las mujeres madrileñas, como pudiera hacerlo con un metal ú otra materia; suponedle en un laboratorio lleno de frascos y recipientes, que en vez de encerrar ácidos, sulfatos, cloruros, etc., contienen sensibilidad, constancia, coquetería, elegancia, y los disolventes necesarios para estas sustancias; suponed todo esto, y calculad el resultado ó compuesto que podrá obtener con sus ensayos y combinaciones; en fin, oid al diablo en su carta á Satan.

Señor:

« El análisis social de la mujer madrileña es una obra mas árdua de lo que á la

simple vista parece; sin embargo, lo que falta á mi insuficiencia, lo suplirá vuestra penetracion.

La madrileña, segun la opinion de su madre, es un ángel de dulzura, una notabilidad en talento y discrecion, un tesoro doméstico, y el hombre que se case con ella, cualquiera que sea su clase y condicion, no la merece.

Segun el concepto de los jóvenes elegantes y calaveras, la madrileña es una sílfide para el baile, y no tiene mas virtudes que las que se le quieren suponer ⁽¹⁾.

La madrileña, segun opinion de las mujeres de provincia, es un tipo de elegancia y finura, imposible de reproducir.

Segun el juicio de algunos maridos, la madrileña es una compañera sin corazon; no ama mas que frivolidades y placeres; carece de moralidad; es infiel sin tener pasiones, y madre sin prudencia.

Los letrados aseguran, que si la ley del divorcio se ampliase, en ninguna poblacion habria tantos maridos que lo solicitasen como en Madrid.

Ahora bien, señor, despues de oir tantos pareceres emitiré el mio: Ante todo, la mitad de las mujeres que se llaman madrileñas no han nacido en la corte, y como Madrid es el centro comun de España, todo viene á parar aquí, razon por la cual, hay tanto de bueno y malo; sin embargo, en Madrid la mujer, sea ó no madrileña, adquiere ciertos hábitos que la distinguen de las demas mujeres: en general es muy amable, franca, y se produce bien, suele hablar de política, conoce todos los Ministerios y oficinas del Estado, así como la táctica de los pretendientes, y suele tener afición á la banca en llegando á cuarenta años; de esta edad abajo, su único ídolo es la mo-

(1) Lo cual nos prueba que siempre hubo pollos.

da, y aunque hay algunas que saben amar, su fuerte es el coquetismo.

En Madrid no todas las mujeres que llevan sombrero y vestido de raso son señoras, aquí hay hija de un portero, ó prendera, á quien se vé barrer la puerta por la mañana y pasear á la tarde por el Prado luciendo un rico traje igual al de una aristócrata, y á la cual muchas veces suele verse recomendado un cesante para recuperar su empleo: hasta ahora no me ha sido posible averiguar la causa de este misterio singular, que trataré no obstante de descifraros en otra carta.

El Diablo.

No me atreveré, lectoras, á calificar la carta del diablo, nadie mejor que vosotras puede hacerlo; sin embargo, debo confesar que muy grandes son los misterios de vuestro sexo en la corte, cuando el mismo diablo no los comprende.

Emilio de Tamarit.

TEATROS.

Aunque la estacion no es á propósito para los espectáculos teatrales, continúan abiertas para el público las puertas de tres coliseos de la corte, el *Príncipe*, el *Instituto* y la *Cruz*, siendo alternativamente visitados por los partidarios del arte escénico, segun los esfuerzos que los empresarios hacen para atraer la concurrencia á ellos. Preciso es confesar, que en este punto nada han hecho los dos primeros, puesto que apenas se han encontrado novedad ni variedad en sus funciones, quizá por ser consecuentes con una economía mal entendida. La *Cruz* por el contrario, despues de haber inaugurado sus trabajos con el drama nuevo del señor Asquerino, titulado *Un caballero feudal*,

ha puesto en escena el jueves último, á beneficio del señor Pardiñas, un lindísimo drama, original de los señores Larrea y Lozano, titulado *El principio de un reinado*, y una piececita en un acto arreglada con acierto á nuestro teatro por el señor Inza, con el título *El hombre propone.....* en la cual son muy aplaudidos la niña doña Josefa Hijosa, los señores Banovio y Pardiñas, y la señora Cruz.

En cuanto al drama tendríamos que ser muy estensos si hubiéramos de analizarlo como se merece. Basado su argumento sobre las intrigas ambiciosas y los amores del marqués de Villena, durante la minoría de don Enrique, *el Doliente*, está hábilmente trazado el cuadro de las aspiraciones de los grandes en aquella época; su encarnizada lucha contra el trono y las municipalidades, la insolente ostentacion que hacian de su poder y sus riquezas, y el vasallaje en que se había constituido el trono, merced á las concesiones de reyes como D. Enrique II, que tenian que buscar en el apoyo de los nobles los títulos que les faltaban para aspirar á la dignidad real. Harto, difícil, pues, era la época en que D. Enrique III ciñó la corona, y harto dramática esa lucha del trono y la nobleza, que costó el cetro y la vida al rey D. Pedro I de Castilla, para que un eseritor inteligente y conocedor de ella dejase de presentarla con éxito en la escena. Esto ha sucedido en el drama que nos ocupa, y ciertamente que sus autores han estado acertados en la pintura de los caracteres del rey, el marqués de Villena, Estúñiga, Benavente, y otros nobles de los que figuraron en la corte de Enrique III, y que tanta parte tuvieron en los acontecimientos de Sevilla y Búrgos, donde tan mal parada quedó la nobleza.

Algunas ligeras indicaciones nos atreveríamos, sin embargo, á hacerles con respecto

al modo con que está presentada y conducida la accion, pero no queremos alargar este artículo enumerando defectos que en nada alteran el mérito de una obra, cuyas bellezas recordamos con gusto, y cuya fácil, sonora y correcta versificación elogiamos sinceramente.

La ejecucion fué buena en general, distinguiéndose en ella los señores Montaña, Pardiñas y Aguirre, la señorita Valero, y sobre todo, la señorita Buzon, que interpretó su papel admirablemente, arrancando justos y merecidos aplausos.

J. A. V.

MODAS.

La Moda ha sido en todos tiempos una deidad caprichosa é inconstante. Un escritor célebre decia ya en 1720, hablando de lo variable de las Modas, que se hacia casi imposible el estar al corriente del modo de vestir de una dama elegante, pues menos tiempo que el necesario para recibir la carta que describia la Moda nueva tardaba en aparecer otra que la reemplazase. «No es posible imaginar, decia, lo que cuesta á un marido el que su mujer vista á la Moda. Unas veces los tocados suben insensiblemente, otras bajan de repente: cuándo el rostro de una mujer ocupa el centro de su persona, por lo alto del erizon; cuándo son los piés los que se han subido á mayores por lo descomunal de los tacones. Así es, que los arquitectos tienen que ensanchar, subir ó bajar las puertas de las habitaciones, segun las exigencias de los adornos femeniles.»

¿No podríamos, amables lectoras, decir otro tanto en la actualidad? no solamente la Moda es tan variable como en 1720, sino que si los vestidos continúan con la amplitud que se les va dando será imposible tener una reunion en las salitas de muñeca de nuestra

moderna construccion, en las que apenas coje una mujer vestida. Nos hallamos, pues, en una crisis: es indispensable ó que la amplitud de los trajes disminuya, ó que se agranden las habitaciones. Por de pronto, es indudable que caminamos hácia los tontillos: baste decir, que se ha desterrado el miriñaque por parecernos que ahueca poco.

Convengamos, sin embargo, en que la amplitud de los trajes, cuando no es demasiado exagerada, dando gracia y dignidad á la que lo lleva, favorece al lucimiento de las telas ricas y costosas.

Los tejidos ligeros, que como la tarlatana, el organdi, el barés, el fular, ó la muselina bordada, hacen el gasto de casi todos los trajes de campo, se prestan mejor y sin tanto inconveniente al excesivo vuelo de los vestidos: su corte apenas varía de lo que tenemos dicho en nuestras Revistas anteriores: el cuerpo se lleva con aldetas ó fruncido graciosamente en el hombro. Las altas y delgadas deben preferir este fruncido; las que son un poco gruesas el cuerpo liso con aldetas.

Se han ensayado, aunque con poca aceptación, cuerpos cruzados en forma de corazon.

Los volantes se llevan fruncidos sencillamente, y guarnecidos de una puntilla de encaje: cuanto mas clara es una tela, otro tanto mas lijera debe ser la forma de sus adornos: los volantes, con cabeza, ó muy recargados, convienen mejor á las telas de seda. La falda debe forrarse, desde el segundo volante hasta el bajo, de una muselina un poco tupida y almidonada.

La hechura de las mangas es generalmente con guarniciones colocadas en escala, una sobre otra: lo mas comun es poner tres ó cuatro, de anchura progresiva, concluyendo en forma pagoda.

Aurora.